

CAPÍTULO VI

LA LABOR APOSTÓLICA DEL OPUS DEI EN ARAGÓN. ALGUNOS ASPECTOS DE LOS PRIMEROS TIEMPOS (1940-1951)

Ascensión Forniés Baigorri

Profesora titular de la Universidad de Zaragoza

1. Los años 1939-1940: los cimientos

La huella del trabajo apostólico de san Josemaría Escrivá de Balaguer en la Universidad de Zaragoza y el fruto de su catequesis con todo tipo de personas se dejaron sentir más tarde en una Zaragoza tan unida a la historia personal del fundador. Durante la guerra civil española viaja varias veces desde Burgos a Zaragoza; en esas breves estancias no faltan los encuentros cordiales con sus profesores, compañeros y amigos de su etapa universitaria, a los que hace partícipes de sus proyectos apostólicos. Como entonces son frecuentes las visitas a la Virgen del Pilar, aunque ahora ya sabe lo que Dios quiere de él: que desarrolle el Opus Dei¹.

Al acabar el conflicto bélico llega el momento de la expansión apostólica deseada en Zaragoza, Valencia y Barcelona. El fundador del Opus Dei, sin abandonar el intenso trabajo sacerdotal que lleva a cabo con muchas almas, empieza a poner en práctica los planes de expansión en éstas y otras ciudades. Su labor se concreta, sobre todo, en aquellas personas que son susceptibles de responder a la llamada al celibato apostólico, pues tales vocaciones son indispensables para que el Opus Dei pueda recibir su primer impulso, realizar su expansión, ya que su disponibilidad será plena, poniendo al servicio de la Obra toda su vida. Personas que no harán nada especial, al menos en apariencia, estudiantes universitarios que en nada se distinguirán de sus compañeros de estudios porque precisamente eso es lo propio de su vocación: ser ciudadanos iguales a los demás, que llevan el espíritu cristiano a su ambiente.

A fin de tratar a estudiantes universitarios se realizan frecuentes viajes a Zaragoza; el fundador, por sí o por expreso encargo suyo alguno de los primeros, trata de continuar el curso 1939-1940, la labor apostólica iniciada

en 1936. Los primeros aragoneses del Opus Dei concretan sin dilación por teléfono entrevistas, visitas a determinadas personas y amigos y efectúan diversas gestiones.

En el primer trimestre del citado curso, ya de paso, ya en breves días de permanencia por motivos apostólicos, se establecen contactos con profesores y alumnos de las distintas facultades de la Universidad de Zaragoza. Los viajes que se realizan desde Madrid son casi semanales. San Josemaría Escrivá se desplaza siempre que se lo permite su trabajo, como el 26 de diciembre. Le acompañan o vienen de modo sistemático varios hijos suyos: don Álvaro del Portillo, Isidoro Zorzano, Juan Jiménez Vargas, don Ricardo Fernández Vallespín, don José María Hernández Garnica o Vicente Rodríguez Casado. Y, por supuesto, don José Luis Múzquiz, que lo hace casi todas las semanas. Era por aquel entonces ingeniero de la red principal de ferrocarriles y eso le proporcionaba múltiples ocasiones y motivos para los desplazamientos. De esta manera, con mucho impulso sobrenatural y humano, se inicia el trato con los universitarios zaragozanos.

* * *

Don José María Albareda de Herrera, que goza de gran prestigio en los ambientes intelectuales y científicos de España, recibe el encargo del fundador de realizar gestiones preliminares en la ciudad. Para ello el 24 de noviembre toma el tren de Madrid con destino a Zaragoza, donde le espera su hermano, que se brinda a ayudarle en su trabajo. De inmediato esa misma tarde don José María fue a la basílica del Pilar para poner a los pies de la Virgen los asuntos que se le han encomendado. A continuación se entrevista con don José Pou de Foxá y don Luis Latre, sacerdotes zaragozanos amigos de san Josemaría.

Al día siguiente don Luis Latre visita a don Rigoberto Doménech, arzobispo de Zaragoza, para hablarle del trabajo apostólico que va a comenzar en la diócesis san Josemaría Escrivá y recibir su aprobación. Don José María Albareda inicia las entrevistas a primera hora de la mañana con profesores y universitarios dispuestos a participar en la labor apostólica; su hermano, por su parte, acude al palacio arzobispal para entregar a don Rigoberto un ejemplar de *Camino* de parte del fundador.

En este viaje don José María deja también a un librero doce ejemplares de *Camino* para que los coloque en el escaparate de su establecimiento. Es la primera edición... Nadie podía imaginar que con el transcurso del tiempo ese libro tendría una difusión millonaria y sería eficaz instrumento para acercar muchas almas a Dios.

Un mes más tarde, el 26 de diciembre, san Josemaría, don Álvaro del Portillo y don José María Albareda salen de Madrid en automóvil hacia Zaragoza; la avería del vehículo en Guadalajara y una inesperada enfermedad del fundador les determina a regresar a Madrid, con la excepción de don José María, que continúa el viaje en tren con destino a la ciudad del Ebro. Dos días más tarde, el 28, san Josemaría y don Álvaro toman un tren para Zaragoza, donde les espera don José María, su hermano y un joven que el fundador había conocido durante la guerra civil española.

Se alojan en casa de los Albareda, donde reciben a varios muchachos a quienes se les ha telefoneado concretando las entrevistas para esa misma tarde y para el día siguiente. El fundador habla con todos los estudiantes presentados por don José María, uno a uno; esa tarde acuden, además, dos antiguos conocidos de la Universidad de Madrid que pasan las vacaciones de Navidad con su familia en Zaragoza.

Los entrevistados recuerdan que esa breve conversación tenía lugar en una pequeña sala de estar separada por una puerta corredera de la habitación que ocupaba san Josemaría. Les explicaba la labor apostólica que se proponía llevar a cabo y les pidió su colaboración. Ellos, muy removidos por sus palabras, quedaron en presentarle a algunos amigos y parientes.

San Josemaría y don Álvaro visitan a don Luis Latre, sacerdote amigo desde 1925, quien les habla de la expectación que se ha despertado entre la Juventud Católica Femenina de Zaragoza, de la que es consiliario, ante los ejercicios espirituales que el fundador les dirigirá al cabo de unos meses. A dicho retiro, que se lleva a cabo a primeros de mayo, se refieren unos párrafos de la carta dirigida por san Josemaría Escrivá a don Leopoldo Eijo y Garay, el 23 de abril de 1940: «A primeros de mayo, si mi Señor Obispo no dispone otra cosa, iré a dar un retiro espiritual a la Juventud Católica de Zaragoza. Después me piden ejercicios para el clero de Valencia, Ávila, León y Pamplona. Si pudiera me negaría. ¡Hago falta en casa! Padre, no se olvide de mi gente –¡tan hijos suyos!– ni del pecador Josemaría».

Este texto habla por sí solo de la dedicación constante del fundador a todas las almas, aun cuando el trabajo principal entonces debía dirigirse a formar a los miembros del Opus Dei y a sentar las bases de la labor apostólica con estudiantes universitarios en Zaragoza y en otras ciudades en las que se había empezado a extender la labor apostólica de la Obra.

2. Los primeros en «saltar los parapetos» en Aragón

Antes de abandonar Zaragoza, el día 29 de diciembre, san Josemaría se entrevista con profesores suyos, entre ellos con don José Pou de Foxá, y acude a visitar a la Virgen del Pilar para rezar un buen rato en la Santa Capilla. Continúa su viaje hacia Barcelona con la decisión de volver pronto y conseguir un proyecto que ha comenzado a estudiarse: una residencia universitaria para una labor apostólica estable en Zaragoza.

Será don José Luis Múzquiz quien, con sus viajes periódicos a Zaragoza, contacte con estudiantes y profesores de la Universidad. Esta labor será apoyada desde Madrid, organizándose viajes con cierta frecuencia a tierras aragonesas. En uno de éstos, el 18 de febrero de 1940, llega don Álvaro con varios de la Obra, alojándose en el Hotel Oriente, donde acude un grupo de estudiantes de Derecho y de Ciencias. Algunos de estos universitarios se incorporan a la labor esa misma semana, solicitando al cabo de cierto tiempo la admisión al Opus Dei.

Sobre este particular Javier López-Jacoiste recuerda que «nos esperaban en la habitación de aquel hotel don Álvaro, don Francisco Botella y Vicente Rodríguez Casado. En la reunión tomó la palabra don Álvaro, entonces próximo a ser ya Ingeniero de Caminos, y nos habló del Fundador... Seguidamente explicó los rasgos generales de la tarea, a la que nos invitaba, de vivir vida interior con creciente unión al Señor y de implicar en esa actitud al estudio y en general al trabajo, que había de hacerse por lo mismo con la mayor perfección, rectitud de intención y ofrecimiento a Dios... Refirió que en aquellos días había salido *Camino*, que lo leyéramos y que allí encontraríamos, punto a punto, lo que se había de hacer y vivir...»².

El domingo siguiente, 25 de febrero, san Josemaría, acompañado de don Álvaro, llega a la ciudad de Zaragoza. Se hospedan en el Hotel Universo y Cuatro Naciones, donde se habían alojado Isidoro Zorzano, Juan Jiménez Vargas, don Ricardo Fernández Vallespín, don José María y también don José Luis Múzquiz, que ha regresado de uno de sus viajes profesionales.

Después de comer el fundador y don Álvaro marchan a casa del marqués de Embid –hermano de don José María Albareda–, en donde se había citado a los jóvenes ya conocidos. Allí pueden estar a solas con san Josemaría y aprender de primera mano el espíritu del Opus Dei. Uno de ellos, José Javier López-Jacoiste, que por aquel entonces era alumno de primero de Derecho, recordaba este momento: «La conversación fue directa, concreta e invitatoria: ¿Estás dispuesto a saltarte los parapetos? Estaba reciente

todavía la guerra española por lo que el símil estaba cargado de sentido, ya que dar el asalto final a las trincheras enemigas constituía el colofón de toda batalla, expresión de arrojo y bizarría. Arrojo y bizarría que, en el planteamiento que el Fundador hacía era de índole humana, pero al mismo tiempo y principalmente de carácter sobrenatural. Superar con la ayuda de Dios todas las dificultades –saltárselas mediante el impulso divino– para llevar vida de enamoramiento al servicio del Señor, afrontando el trabajo y el estudio cotidianos con denuedo sobrenatural a fin de situar, mediante el esfuerzo constante y fiel, al Señor en la cima de todas las actividades humanas»³. Era la primera vocación al Opus Dei en Aragón.

Poco después don Álvaro regresa a Madrid y el fundador vuelve a Vitoria para terminar su retiro espiritual, que ha interrumpido con este viaje a Zaragoza. En una carta a sus hijos de Valencia entre otras cosas les hace partícipes de la noticia: «Os he dicho que tenéis junto al Pilar un hermano magnífico, y que apuntan –seguros– dos más»⁴.

A los pocos días, el 3 de marzo, en otra visita de don Álvaro, don Ricardo Fernández Vallespín y don José Luis Múzquiz, solicitan la admisión dos estudiantes universitarios a quienes se había planteado la vocación.

Las estancias de san Josemaría en Zaragoza durante el mes de marzo son muy breves. El día 15 se traslada a Zaragoza para bautizar al primogénito de Tomás Alvira, cumpliendo una promesa que le había hecho tiempo atrás⁵. Después de administrar el bautismo está con los que habían pedido la admisión en las semanas anteriores y les dirige la meditación comentando el texto evangélico: *non vos me elegistis, sed ego eleghi vos*.

En el viaje de regreso a Madrid, el día 17, Domingo de Ramos, le acompaña en el coche uno de los que han pedido la admisión. Los otros dos acudirán en tren para participar también esos días en la Semana de Trabajo, un período de formación más intenso para miembros de la Obra que se iba a desarrollar en la Residencia de Jenner. Ésta era una residencia de estudiantes, la única que en ese momento había en Madrid del Opus Dei.

Realiza un segundo viaje en marzo, esta vez en tren, acompañado por don Álvaro, Isidoro Zorzano y don José María Hernández Garnica. Llegan a Zaragoza el 29 por la noche y en la estación les esperan los hermanos Albareda. San Josemaría y don Álvaro se hospedan en su casa. Los demás lo hacen en el Hotel Oriente. También les acompañaba Francisco Ponz Piedrafita, que se dirigía a Huesca, su ciudad natal. A la mañana siguiente asisten todos a la santa misa que el fundador celebra en el Real Seminario de San Carlos.

Son veinticuatro horas de intenso trabajo en la ciudad, pero una de las cosas que no olvida es estar con sus hijos. «En cierto momento de la tertulia –recuerda uno de ellos–, pidió a los que le acompañaban desde Madrid, que nos dieran sus crucifijos a los zaragozanos. En aquel gesto vimos todos hecho realidad de un modo vivo, plástico, cómo había que vivir dos virtudes entrañables de nuestro espíritu: el desprendimiento total y la fraternidad...»⁶.

* * *

A primeros de mayo tienen lugar, por fin, los tan ansiados ejercicios espirituales a la Juventud Femenina de Acción Católica de Zaragoza. La predicación de san Josemaría Escrivá había suscitado una gran expectación. Máxime si tenemos en cuenta la fuerza e implantación que en ese tiempo tienen las jóvenes de Acción Católica en la capital aragonesa.

Al finalizar los ejercicios, el domingo 12 de mayo, don Álvaro y otro llegan a Zaragoza procedentes de Madrid para recoger a san Josemaría. Más tarde continuarán juntos el viaje a Barcelona. En la estación les espera el fundador y enseguida se dirigen a casa de los Albareda.

Don José Ramón Madurga, aragonés que después comenzaría la labor apostólica en Japón, cuenta que ese día tuvo la ocasión de hablar con el fundador por primera vez y que encontró junto a don Álvaro y don José María Albareda a cuatro o cinco chicos jóvenes, compañeros de curso de bachillerato. El grupo fue creciendo rápidamente y nos dice: «No pasó mucho tiempo sin que nuestros antiguos profesores del Colegio de religiosos al que casi todos habíamos asistido hasta un año antes, comenzaran a darse cuenta del crecimiento, de la expansión de esta nueva vocación entre algunos –bastantes– de sus antiguos alumnos. Hasta qué punto lo comprendieron en aquel momento, no lo sabré decir con certeza. Pero sí recuerdo un comentario interesante que me hizo el jesuita Padre Belda, religioso docto y piadoso, que había sido mi profesor de matemáticas. Acababa de leer también él *Camino*. Me comunicó el asombro que le había producido y que concretó en la siguiente frase: “Yo siempre creí que San Ignacio había dicho la última palabra en Ascética; pero ahora me encuentro con que *Camino* es algo totalmente nuevo”»⁷.

El 14 de mayo regresa a Zaragoza en compañía de don Álvaro. Celebra la misa en el colegio del Sagrado Corazón. Luego da un corto paseo hasta el Pilar. El resto de la mañana lo emplea en conversar con cada uno de sus hijos aragoneses. Por la tarde acuden los demás estudiantes a hablar con él. Al terminar san Josemaría tiene una tertulia con algunos de la Obra

en el café Ambos Mundos, situado en el paseo de la Independencia. Al día siguiente van de excursión a Casetas, pueblo cercano a la capital. Esa misma noche san Josemaría y don Álvaro vuelven a Madrid en el tren correo.

3. Las primeras mujeres del Opus Dei en Aragón

Ya hemos mencionado los ejercicios espirituales que dirigió en el mes de mayo de 1940 a las jóvenes de Acción Católica. Cabía pensar que de ahí arrancarían el inicio de la labor apostólica del Opus Dei con mujeres de Aragón. Sin embargo los planes de Dios eran otros y no se abrió el cauce de las primeras vocaciones de aragonesas por este grupo de asistentes a los ejercicios espirituales que había dirigido el fundador del Opus Dei.

Partía el fundador de la igualdad de varón y mujer ante Dios y los hombres, de que el desarrollo para la mujer y el hombre fueran paralelos; pero en la vida real no se daba esta igualdad ni cultural, ni jurídica y, consecuentemente, tampoco numérica de vocaciones entre unos y otros. A él le correspondía marcar la pauta de este desarrollo, pero entre otras cosas había de contar, muy en primer lugar, con que las vocaciones las da Dios y había que descubrirlas, esperar más tiempo... y, sobre todo, intensificar su oración y mortificación ya que Dios necesitaba en su Obra de la mujer. Por eso decía a un grupo de hijas suyas en Pamplona: «Os puedo decir que me habéis costado dolores de parto»⁸. Y en otra ocasión, al contemplar que fallaba el equilibrio numérico, el necesario punto de conjunción entre la empresa sobrenatural y el engranaje material y práctico para poner en marcha los nuevos centros, les comentaba el fundador: «Necesitamos muchas vocaciones porque tenéis que hacer en el ámbito de las mujeres, lo que en el suyo hacen los hombres: en las profesiones, en los trabajos intelectuales o manuales, en todo, y además, necesitamos que llevéis Administraciones»⁹.

Esta visión amplia del fundador acerca de las posibles ocupaciones de las mujeres del Opus Dei no resultaba fácil de entender en los comienzos de la Obra. Sobre todo porque entonces eran pocas las estudiantes universitarias y también las que ejercían una profesión al margen de las labores domésticas.

Por eso sólo con visión sobrenatural se puede explicar cómo llegaron las primeras vocaciones, también de mujeres aragonesas, al Opus Dei. Éstas conocieron la Obra sin que existiera, como ocurrió con los varones, una labor apostólica dirigida a ellas. En el caso de Maruja Jiménez, unos parientes que residían en Madrid y conocían al fundador le hablaron de su existencia y le aconsejaron la meditación de *Camino*. Otras, siguiendo

el consejo de algunas personas que conocían la Obra y la mayoría por su pertenencia, como profesoras o alumnas, al Centro Obrero, una labor social que dirigía monseñor Pedro Altabella, sacerdote y viejo amigo del fundador¹⁰.

Maruja Jiménez Mata, estudiante de Ciencias Químicas en la Universidad de Zaragoza, recuerda que en la primavera de 1945 una prima suya que vivía en Madrid le habló de *Camino* en una de sus cartas. La lectura de alguno de sus puntos le había removido en tal medida que el 5 de mayo, después de aconsejarse debidamente, comunicaba a sus padres la decisión de iniciar «ese camino» y que para ello quería trasladarse a Madrid a fin de conocer a las chicas del Opus Dei. La reacción de su padre, buen cristiano, periodista de la ciudad, no se hizo esperar: iría al palacio arzobispal a consultar al prelado.

La tozudez de Maruja triunfó y viajó a Madrid acompañada de su padre para que conversara con el fundador. Poco después se convierte en la primera aragonesa del Opus Dei. El 18 de julio de ese año, ya en la Obra, se incorpora al primer Curso de formación, al que asisten las trece mujeres pertenecientes entonces al Opus Dei.

Finalizada esta primera etapa de su formación la aragonesa se dirigió a continuación a su lugar de trabajo: la residencia universitaria de estudiantes «La Moncloa», para ocuparse de su administración con otras dos de las asistentes a dicho Curso¹¹.

En la Semana Santa de ese mismo año 1945, Josefina de Miguel, que vivía en Ejea de los Caballeros dedicada a las labores del hogar, el cuidado de sus familiares, comenta que le había sorprendido gratamente la noticia de la ordenación de los tres primeros sacerdotes del Opus Dei. Movida por la curiosidad decidió trasladarse a Madrid, donde permanecería quince días en casa de unos familiares, a fin de conocer al fundador de aquella Institución e informarse ampliamente de «ese camino» que tanto le atraía.

De su conversación con el fundador Josefina recuerda que le señaló puntos fundamentales, metas que le impulsaron a decidir su vocación al Opus Dei: una vida de oración, de espíritu de servicio y de trabajo intenso, escondido, como cimiento necesario para hacer la Obra de Dios en el mundo.

Problemas familiares le hicieron esperar hasta octubre; una vez pasadas las fiestas del Pilar se desplazó a Madrid, iniciando su primer Curso de formación en enero de 1946¹².

Una tercera aragonesa, Gregoria Salinas, profesora del Centro Obrero que trabajaba de administrativa en una empresa, marcharía poco después a Madrid para incorporarse a sus clases de formación.

4. Inicio de la labor estable con mujeres

A estas primeras vocaciones siguieron las de alumnas de este Centro, chicas que se dedicaban a trabajos manuales, empleadas en fábricas, oficinistas, etc. Por otra parte llegaron un reducido número de jóvenes, entre ellas algunas hermanas de sacerdotes y otras con estudios universitarios, que pedían su admisión en el Opus Dei. La vocación se adapta a las circunstancias más diversas y mientras unas viven en centros de la Obra y se dedican a labores internas, otras siguen en su hogar.

El número de mujeres en Aragón que se incorporan a la Obra fue aumentando de una manera notable en los últimos años de la década de los cuarenta, fruto de la labor apostólica que se venía realizando en Zaragoza por Encarnación Ortega y algunas de las primeras aragonesas, que en viajes desde Madrid a Zaragoza con cierta periodicidad hablaban del Opus Dei a conocidas, amigas y parientes de la ciudad.

A esta expansión contribuyó no poco el apostolado de los sacerdotes de la Obra procedentes de los mismos laicos desde 1944. Además a partir de 1950 los sacerdotes diocesanos podían pedir su admisión al Opus Dei. Un buen número de estos últimos en tantas localidades de Aragón hizo posible que vinieran a la Obra mujeres cuyo trabajo profesional era el propio de las tareas domésticas. Vocaciones de numerarias auxiliares, cuyo trabajo posibilitaba el velar por el buen orden de los centros.

La intensa labor apostólica desarrollada en Zaragoza con personas tan diversas había conseguido acercar a la Obra a hombres y mujeres casados, de diferentes profesiones, con vocación al Opus Dei. El fundador, ya en mayo de 1935, había comenzado a redactar un escrito en el que explicaba las líneas generales de la labor apostólica de los supernumerarios. En el comienzo de la década de los cincuenta un número notable de aragoneses pedían su admisión a la Obra dada la actividad apostólica que desde octubre de 1950 se pudo llevar a cabo desde la residencia y la administración del Colegio Mayor Miraflores.

Además la labor creció gracias a la atención sacerdotal. Si en un principio ésta se realizó de forma directa por el fundador, a partir de su traslado a Roma en 1946 se ocuparían de ella algunos de los miembros del Opus

Dei ordenados sacerdotes, de la misma forma que otros miembros laicos desempeñaban ya encargos de formación, sustituyendo así a san Josemaría, también a causa del crecimiento de la labor apostólica.

Fue don José María Hernández Garnica el sacerdote que en la década de los cincuenta iba a dedicarse a la atención sacerdotal de las mujeres del Opus Dei. Él, en nombre del fundador, venía a Zaragoza para impulsar esta labor apostólica que había comenzado con retraso en la ciudad en relación a la realizada con los hombres de la Obra. La apertura del Colegio Mayor en el curso 1950-1951 y la consiguiente llegada de un reducido número de las primeras vocaciones para ocuparse de su administración, facilitó el desarrollo de la actividad apostólica dirigida a la mujer aragonesa.

Un sacerdote daba meditaciones a profesionales y universitarias, impartía a través del confesonario dirección espiritual y daba cursos de retiro. De las charlas y círculos a pequeños grupos se encargaba alguna de las mujeres de la Obra. En aquel escaso espacio de la residencia destinado a la administración se atendían asimismo a personas casadas y a las nuevas vocaciones.

El carácter divino de la vocación al Opus Dei se hacía notar una vez más ya que de esos años proceden un notable número de universitarias y profesionales que solicitaron su admisión a la Obra, quienes tenían la evidencia, la fe absoluta, de que Dios las quería en su Obra.

En esta etapa histórica aparece la Escuela de Arte y Hogar Almenara, que venía a atender la necesidad de un sector importante de mujeres de la sociedad zaragozana de entonces. En un piso alquilado, el 30 de diciembre de 1951, en la planta primera de Sagasta, 45, se proporcionó formación humana y espiritual a una serie de promociones y se consiguió un notable crecimiento de vocaciones de mujeres aragonesas.

5. El Colegio Mayor Miraflores

San Josemaría Escrivá de Balaguer entendió que los colegios mayores eran la realización de una idea de servicio universitario. En el Colegio Mayor Miraflores, como en otras obras apostólicas, se ponían a disposición de los residentes universitarios instrumentos de estudio y de trabajo y de un modo especial un ambiente de convivencia cristiana basado en la búsqueda de la verdad y en el respeto de la libertad personal de todos.

La residencia, obra de los arquitectos Regino y José Borobio, se emplazaba en la calle San Vicente Mártir, en su mayor parte por edificar. Se

acabó la construcción en el verano de 1950, con lo que de inmediato se comenzó a preparar todo lo concerniente a su funcionamiento. José Manuel Casas Torres será su primer director, siendo asimismo miembro del Patronato de Gobierno, que tanto había colaborado a convertir en realidad aquella ilusión. Lo componían, además del director, las siguientes personas: Manuel Albareda, marqués de Embid; José Sinués, Cesáreo Alierta, Manuel Balet, José Antonio Cremades, Manuel García-Atance, Luis Gómez-Laguna y José Enrique Rivas.

El 11 de octubre de 1950 se celebró por primera vez la santa misa en el oratorio de Miraflores y Jesús Sacramentado quedó reservado en el Sagrario. La casa se llenó de chicos jóvenes que iniciaban o proseguían su carrera universitaria. Las actividades culturales y científicas empiezan desde el primer momento, meses antes de la inauguración oficial, que tuvo lugar el 20 de abril de 1951. El acto fue presidido por el ministro de Educación, José Ibáñez Martín, y asistieron las autoridades académicas, civiles y militares de la ciudad.

Miraflores ha respondido al deseo y aliento constante del fundador de la Obra, que siempre recordó su condición de universitario y de universitario formado en Zaragoza. En tres ocasiones vino a esta ciudad, tan vinculada a su historia personal y a la «prehistoria» de la Obra: los días 15 de enero, 6 de mayo y 8 de octubre de 1951 visitó la residencia para ver su instalación y funcionamiento y también para dedicar un tiempo importante a la formación de sus hijos. Como en todos sus viajes al llegar a Zaragoza san Josemaría Escrivá de Balaguer fue a rezar ante la Virgen del Pilar. En sus visitas a Nuestra Señora tenía la costumbre de besar el Pilar por el hueco existente en la parte posterior de la Santa Capilla. Le daba mucha devoción esa columna de piedra granítica erosionada, «comida» por los besos de millones de fieles, testimonio tangible de la fe y del amor de los hijos hacia su Madre, que el fundador del Opus Dei supo aprovechar siempre para poner a las almas más cerca de Dios.

De esta devoción ha dejado escrito: «Aunque materialmente me encuentre lejos de allí, no se irán de mi memoria ni el Pilar ni la Madre de Dios del Pilar. La sigo tratando con amor filial. Con la misma fe con la que invocaba por aquellos tiempos, en torno a los años veinte, cuando el Señor me hacía barruntar lo que esperaba de mí: con esa misma fe la invoco ahora. Si en ocasiones se presentan sucesos desabridos, duros, injustos o de cualquier otra manera desagradables –salpicaduras de cieno, que un cristiano no remueve–, se me convierten en flores hermosas, que

con el corazón pongo ante ese Pilar sagrado, como cantamos los aragoneses y digo: Señor, te ofrezco también esto. Bajo su protección, continúo siempre contento y seguro».

6. **Doctor *honoris causa***

San Josemaría Escrivá de Balaguer, universitario formado en Zaragoza en Ciencias eclesiásticas y jurídicas, ha sido reconocido a nivel mundial como una de las personas que destacan en las letras españolas, tanto por estos conocimientos culturales como por el importante número de sus publicaciones. De ahí que el Instituto de Libro Español lo incluyera en 1969 entre los autores de interés literario¹³.

Su gran cultura humanística, adquirida en gran medida en aquellos años que permaneció en nuestra ciudad, había motivado la decisión del profesorado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza de proponer al Rectorado la investidura de doctor *honoris causa* a tan insigne aragonés.

Durante el acto, celebrado el día 21 de octubre de 1960, en el discurso del rector de la Universidad se manifestaban las razones que avalaron dicha concesión. Monseñor Escrivá de Balaguer –decía el entonces rector, don Juan Cabrera y Felipe– «es un aragonés ilustre que comenzó sus estudios de Derecho en nuestra Universidad, simultaneándolos con los del Seminario. Este comienzo de su vida parece ya demostrarnos los derroteros que había de seguir, como se ve, distintos a los que debe ser la misión específica de un Doctor en Derecho. Es por eso por lo que esta Facultad ha considerado necesaria esta solemnidad, ha querido volverle a traer a su seno, a nuestra Universidad con esta investidura».

El rector continuaba diciendo: «Mons. Escrivá de Balaguer se doctoró en Sagrada Teología en Roma, fue profesor de Derecho Romano, de Filosofía y Deontología en la Escuela de Periodismo de Madrid; posee las Grandes Cruces de San Raimundo de Peñafort, de Alfonso X el Sabio, de Isabel la Católica y de Carlos III, y se le ha nombrado Académico “*ad honorem*” de la Pontificia Academia Teológica Romana y Consultor de la Sagrada Congregación de Seminario y Universidades. El Estado español le ha designado Consejero de Educación y es también miembro del Colegio de Aragón».

Juan Cabrera y Felipe destacó también que el fundador del Opus Dei venía orientando su conducta a renovar y perfeccionar los métodos de enseñanza de todos los grados, pero en especial el grado superior, dedicándose en todo momento a una labor de formación completa dirigida a la juventud universitaria.

Este solemne acto académico de investidura de doctor *honoris causa* por la Universidad de Zaragoza constituyó un gran acontecimiento en la vida local y universitaria, porque la Universidad, que tan poco prodiga esos títulos honoríficos, había sabido valorar certera y ampliamente los méritos excepcionales del doctorando.

En el Paraninfo de la Universidad de Zaragoza, abarrotado de público, se celebró el caluroso homenaje de admiración y simpatía al fundador del Opus Dei: la Universidad, reunida en sesión solemne para conceder el título de doctor *honoris causa* a monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, fue presidida por el subsecretario de Educación Nacional, que ostentaba la representación del señor ministro, y autoridades académicas de las distintas facultades universitarias, a las que se habían unido la totalidad de los representantes de las autoridades provinciales.

Gran número de personalidades ocupaban los estrados y otros muchos se mezclaban entre quienes ocupaban la sala; la prensa de entonces destacó la presencia del secretario general del Opus Dei, don Álvaro del Portillo; del consiliario del Opus Dei en España, don Florencio Sánchez Bella, y de algunos profesores del Estudio General de Navarra, que se convertiría en Universidad unos días más tarde.

El nuevo doctor *honoris causa* entró con la comitiva que prescribe el ceremonial. El padrino, catedrático de Historia Moderna, don Francisco Solano Costa, pronunció en latín la siguiente alocución: «La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza no podía desconocer la preclara vida del Reverendísimo señor don Josemaría Escrivá de Balaguer. En otro tiempo alumno de esta Universidad, dotado de eximias cualidades, en Madrid y Roma floreció en estudios e instituciones de Promoción humana...». El padrino se dirigía a continuación al rector pidiendo el grado de doctor, quien contestó, también en latín, a la petición confiriéndolo.

Tras la imposición del birrete, lectura de textos rituales, abrazo y discurso del rector y de escuchar en diversos momentos prolongadas ovaciones, al hacerse el silencio san Josemaría pronunció su discurso sobre el tema «Huellas de Aragón en la Iglesia Universal», un bello canto a Aragón personalizado en tres de sus figuras egregias: Prudencio, san Braulio y san José de Calasanz.

Comenzó san Josemaría Escrivá agradeciendo el haber sido llamado a formar parte del Claustro de Doctores de la que dijo ser su vieja y querida Universidad, cuya memoria venía entonces a su mente unida a recuerdos imborrables de tiempos ya lejanos... Años transcurridos a la sombra del

seminario de San Carlos camino de su ordenación sacerdotal, desde la tonsura clerical recibida de manos del cardenal don Juan Soldevila, en un recogido oratorio del palacio arzobispal, hasta la primera misa, una mañana a muy temprana hora, en la Santa Capilla de la Virgen.

Evocó asimismo sus años de estudiante universitario en su Facultad de Derecho dirigiendo un emocionado recuerdo a don Juan Moneva y Puyol y a sus otros maestros.

En su discurso el fundador del Opus Dei manifestó su deseo de hablar de Aragón a fin de traer a la consideración de todos algunos nombres y hechos conocidos, que al engarzarse por el hilo conductor de la historia son como eslabones, grandes hitos, para tomar conciencia de la aportación de Aragón a ese quehacer divino y humano que es la vida misma de la Iglesia Universal.

«Huellas de Aragón, de Zaragoza, nos decía, en la historia de la Cristiandad a través del discurrir de los siglos, del renovarse de las culturas, para contemplar cómo la Iglesia, cumpliendo el mandato de Cristo, ha sabido siempre, con eterna juventud, informar del espíritu del Evangelio cada hora y dar la respuesta adecuada a los anhelos y a la expectativa de los tiempos».

Un documentado discurso acerca de las tres figuras, Prudencio, Braulio y san José de Calasanz, añadiendo cómo «Aragón fue grabando su huella en la historia de la Iglesia, esa huella en la que muchas veces puede reconocerse la impronta que el modo aragonés deja en sus gentes, sus virtudes y sus defectos, su talante: la fidelidad heroica a la fe de San Pedro Arbués o la terquedad indomable en mantener el que cree ser buen derecho de un Pedro de Luna; y esa amable santidad de una infanta de Aragón, la Reina Isabel de Portugal, cuyo paso por el mundo fue como una luminosa siembra de paz entre los hombres y los pueblos».

Concluyó su alocución agradeciendo nuevamente la distinción de que había sido objeto al agregarle al Claustro de Doctores de la ilustre Universidad de Zaragoza.

Al día siguiente, 22 de octubre, el fundador celebra la santa misa en la iglesia del seminario de San Carlos. En su homilía tiene palabras de especial agradecimiento a los padres y a las personas de la Obra. A la salida se le espera por los alrededores y habla, abraza, reconoce a amigos... y tiene un detalle de cariño con sus hijas de Zaragoza: les hace llegar unos dulces «adoquines» que reciben emocionadas en la plaza de la Seo y que quieren «guardar» para recordar este inolvidable momento.

VISITAS Y ACTIVIDADES

DE DON JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER Y DE ALGUNOS DE SUS MÁS DIRECTOS COLABORADORES A ARAGÓN, AÑOS 1938-1951, SEGÚN LOS DATOS DE ESTE ARTÍCULO

- 20-II-1938 Don Josemaría Escrivá en Zaragoza.
- 9-V-1938 Don Josemaría Escrivá en Zaragoza. Se hospeda en casa de José María Albareda.
- 10-V-1938 Don Josemaría Escrivá visita a amigos y compañeros de Derecho, al arzobispo de Zaragoza, a don José López Sierra, a enfermos del Hospital Provincial.
- 15-V-1938 Don Josemaría Escrivá viaja a Albarracín. Vuelve por Calatayud a Zaragoza.
- 1-VI-1938 Don Josemaría acude a Zaragoza de romería.
- XI-1938 Don Josemaría viaja de Burgos a Daroca y Teruel.
- 24-XI-1939 Don Josemaría a Zaragoza. Visita a don José María Albareda. Habla con don José Pou de Foxá y don Luis Latre.
- 25-XI-1939 Don Luis Latre visita a don Rigoberto Doménech, arzobispo de Zaragoza, a instancias del san Josemaría Escrivá.
- 25-XI-1939 Don José María Albareda habla con profesores y universitarios zaragozanos.
- 25-XI-1939 El marqués de Embid, hermano de José María Albareda, entrega al arzobispo un ejemplar de *Camino*.
- 26-XII-1939 Don Josemaría Escrivá, don Álvaro del Portillo y don José María Albareda viajan de Madrid a Zaragoza. El automóvil sufre una avería en Guadalajara.
- 28-XII-1939 Por fin llegan a Zaragoza y acuden a casa de los Albareda. Visitan a don Luis Latre.
- 29-XII-1939 Don Josemaría Escrivá conversa con su amigo don José Pou de Foxá.
- 18-II-1940 Don Álvaro del Portillo, próximo a licenciarse como ingeniero de Caminos, don Francisco Botella y don Vicente Rodríguez Casado, a Zaragoza. Se hospedan en el Hotel Oriente.
- 25-II-1940 Viene don Josemaría Escrivá, acompañado de don Álvaro del Portillo, desde Vitoria a Zaragoza. Se alojan en el Hotel Universo. También han acudido Isidoro Zorzano, Juan Jiménez Vargas, Ricardo Fernández Vallespín, José María Albareda y José Luis Múzquiz. Acuden ese día a casa del marqués de Embid, donde reciben a algunos universitarios.
- 3-III-1940 Don Álvaro del Portillo, don Ricardo Fernández Vallespín y don José Luis Múzquiz a Zaragoza.
- 15-III-1940 Don Josemaría Escrivá acude a Zaragoza para bautizar al primogénito de Tomás Alvira.
- 17-III-1940 Domingo de Ramos, regresa a Madrid en coche acompañado por uno de los primeros miembros del Opus Dei de Aragón.

- 29-III-1940 Don Josemaría Escrivá, don Álvaro del Portillo, don Isidoro Zorzano, don José María Hernández Garnica y don Francisco Ponz en Zaragoza.
- 30-III-1940 Don Josemaría Escrivá celebra la santa misa en el Real Seminario de San Carlos de Zaragoza.
- 12-V-1940 Don Álvaro acude a recoger a don Josemaría Escrivá, que ha concluido los ejercicios espirituales a la Juventud Femenina de Acción Católica de Zaragoza.
- 12-V-1940 Don José Ramón Madurga habla con don Josemaría Escrivá.
- 14-V-1940 Don Josemaría Escrivá celebra la santa misa en el Colegio del Sagrado Corazón; le acompaña don Álvaro del Portillo. Al acabar, como era su costumbre, da un paseo hasta el Pilar para rezar ante la Virgen.
- 15-V-1940 Don Josemaría Escrivá con un grupo de estudiantes de excursión a Casetas.
- Semana Santa* de 1945 Josefina de Miguel, en Ejea, se entera de la ordenación de tres nuevos sacerdotes del Opus Dei y decide viajar a Madrid para conocer a su fundador.
- Primavera* de 1945 Una prima habla de *Camino* a Maruja Jiménez Mata, estudiante de Ciencias Químicas en la Universidad de Zaragoza.
- 5-V-1945 Maruja Jiménez habla con sus padres de su deseo de ir a Madrid.
- 18-VII-1945 Maruja Jiménez asiste a su primera Semana de Trabajo.
- X-1945 Josefina de Miguel se traslada a Madrid.
- I-1946 Josefina de Miguel comienza su primer Curso de formación.
- 1946 Gregoria Salinas, profesora del Centro Obrero de Zaragoza, se traslada a Madrid.
- Década de los 40* Encarnación Ortega visita frecuentemente tierras aragonesas.
- 1950 Don José María Hernández Garnica, sacerdote, atenderá espiritualmente la labor de las mujeres del Opus Dei.
- Verano de 1950* Se termina de construir el Colegio Mayor Miraflores.
- 11-X-1950 Se celebra la primera misa en Miraflores.
- 15-I-1951 Don Josemaría Escrivá en Miraflores.
- 20-IV-1951 Se inaugura oficialmente Miraflores con asistencia del ministro de Educación, don José Ibáñez Martín.
- 6-V-1951 Don Josemaría Escrivá visita Miraflores.
- 8-X-1951 Nueva visita de don Josemaría a Miraflores.
- 30-XII-1951 Comienza la Escuela de Arte y Hogar Almenara en Zaragoza para mujeres.

Notas

¹ Tenemos constancia del viaje que realiza el día 20 de febrero de 1938 desde Burgos a Zaragoza. Repite este trayecto el día 9 de mayo, visitando el día 15 Albarracín y Calatayud. El día 1 de junio acude en romería al Pilar de Zaragoza. En noviembre de ese año se desplaza a Teruel y en el camino visita Daroca, ciudad en la que se guardan los Corporales. El contexto de estos viajes ha sido bien estudiado por VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei. II. Dios y audacia*, Madrid, Edit. Rialp, 2002.

² *Testimonio de don José Javier López-Jacoiste* (AGP, RHF T-00180, pp. 2-3 y 40).

³ *Ibid.*, p. 3.

⁴ ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría, *Carta* de 27-II-1940.

⁵ Tomás Alvira era profesor de Instituto, amigo de José María Albareda y uno de los que cruzó los Pirineos en 1937, durante la guerra civil española, para pasar a la zona nacional, acompañando a san Josemaría. Cfr. VÁZQUEZ GALIANO, A., *Tomás Alvira. Una pasión por la familia. Un maestro de la Educación*, Madrid, 1997.

⁶ *Testimonio de don Javier López-Jacoiste* (AGP, RHF T-00180, p. 4).

⁷ *Testimonio de don José Ramón Madurga* (AGP, RHF T-05848, p. 45).

⁸ AGP, RHF 21.163, p. 1.020. *Tertulia en Pamplona y Madrid*.

⁹ ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría, *Carta* de 29-VII-1965, n. 9.

¹⁰ *Monseñor Pedro Altabella*, Ediciones Ateneo de Zaragoza, 1983, pp. 120-140.

¹¹ *Entrevista a Maruja Jiménez Mata en Zaragoza*, enero de 1992.

¹² *Entrevista a Josefina de Miguel en Zaragoza*, enero de 1992.

¹³ *Quién es quién*, prólogo de Díaz-Plaja, Madrid 1969, p. 144.

Lo explicaba en Barbastro monseñor Javier Echevarría, prelado del Opus Dei, en una de las primeras celebraciones del centenario, cuando afirmaba que Josemaría Escrivá de Balaguer mantuvo con Aragón «a lo largo de los años, una relación continua de la que soy testigo [...] En su conversación ordinaria y en su predicación no ocultaba un sano orgullo de ser aragonés, que hacía compatible con una mentalidad universal que le agrandaba el corazón, con una extraordinaria sensibilidad por las necesidades de los diferentes países y de todas las almas».

En el itinerario espiritual y humano del fundador del Opus Dei, Barbastro y Zaragoza son lugares que le marcaron fuertemente. En la ciudad del Vero vio la luz y allí, en el seno de una familia ejemplar, comenzó a modelarse su recia y cordial personalidad. Tras los breves años pasados en Logroño, continuó su formación, humana, espiritual y académica en la capital aragonesa. En el Seminario de San Francisco de Paula realizó sus estudios sacerdotales y fue ordenado sacerdote; en la vieja Facultad de Derecho de la plaza de la Magdalena cursó la carrera de Derecho. En Zaragoza también, en la iglesia de San Pedro Noliteo y en el vecino pueblo de Perdiguera, realizó sus primeros trabajos pastorales. Como ha escrito monseñor Echevarría, «su estancia en Zaragoza (1920-1927) fue decisiva en la prepa-